

Como tiempo que era de riña y pendencias, batallas y asaltos, complots y combinaciones políticas, todo el mundo estaba ansioso de saber noticias.

En el pueblo no había más periódico que el *Diario de Avisos*, que le llegaba al señor cura (cuando le llegaba) con veinte, treinta y aun más días de atraso, y *El Progreso de Veracruz*, que me enviaban mis buenos amigos de la Heroica.

Diariamente, desde las oraciones de la noche hasta las nueve ó las diez, nos reuníamos en la tienda de «El Rocío,» propiedad del difunto don Pedro Ruiz, á contar y á escuchar los *borregos* más grandes y lanudos que era posible forjar á las desarregladas fantasías de aquellos benditos.

— Juárez y Miramón se han dado las manos y declaran que no habrá más guerra, decía uno.

— No lo crea, compadre, replicaba otro, político más agudo; don Miguel sabe lo que se pesca. ¡Qué iba á darle las manos á Benito de Palermo, cuando acaba de recibir más de quinientos cañones y de trescientos mil fusiles, y de cincuenta millones de cartuchos para acabar con la *chinaca*!

— Dicen que Miramón salió de México, tomó Veracruz y marchó para Manzanillo. Luego seguirá para San Juan Bautista, pasará por Guadalajara y se embarcará para San Luis.

— Pero ¿qué confusiones son esas, don Manuel? Si Veracruz no queda cerca de San Luis, sino de Chilpancingo; de manera que si Miramón tomó ese puerto, no habrá dejado de caer sobre el viejo Alvarez para destrozarle; y es seguro, además, que hallándose ya en aquel departamento, se decida á dar una vuelta por Monterrey y Coahuila, para dejar tamañito á Vidaurri.

— O que contramarche para Aguascalientes, siga para Colima y vaya á parar á tierra adentro, apuntaba otro que había traficado con atajos de mulas.

— Para mí, insinuaba el señor cura, todo se decidirá el día que se encuentren el Miramón y mi compadre Ortega. ¿Que se presenta con sus zapadores y sus lanceros y sus demonios coronados el *mochitango*; que mi compadre, que viene pisándole los talones, llega á alcanzarle; que eligen este cerro, ó aquel valle, ó la otra barranca y que cada quién se pone en facha previo eso de paralelas y fortines y trincheras; que mi compadre manda dos ó tres licenciados de los finos cerca de Miramón y le propone que se rinda con armas y bajages, jurando por de contado la Constitución y las Leyes de Reforma, y todo lo que se quiera; que Miramón contesta que esto y que lo otro, y que fué y que vino y que tornó y que volvió; que mi compadre Jesús le dice que no hay tutía, ni que consultar á México ni dilaciones y necedades; que no se da por buenas y trata de presentar batalla? ¡Pum, pum,

pum! cañonazo va y cañonazo viene, hasta que corran todas sus tropas y él se rinda á discreción. ¿Que se entrega deseando, como ellos dicen cuando no tienen ganas de pelear, suprimir la efusión de sangre? Pues sobre la marcha, acepta la Constitución y las Leyes que de ella emanen, y todos los faroles. Y entonces mi compadre se pone á la cabeza del ejército, los cañones otra vez ¡pum, pum, pum! pero de puro contento, porque ya se acabaron los saqueos de pueblos y las quemazones de siembras, y porque los campos dejarán de estar en barbecho y porque las muchachas podrán llegar á doncellas viejas, si así les conviene, en vez de vivir como ahora, sujetas al antojo de un don Fulano que no las deja de recibo.

En cuanto á eso de que Miramón vaya á dar vuelta de Veracruz por Colima y tierra adentro, me parece... digo... yo creo que es difícil, porque el hombre no es tan lerdo para irse á meter entre los apaches que lo dejarían hecho una miseria... Para mí... Es una idea, una idea mía; más bien, al salir de Veracruz, se le ocurrirá meterse por Tabasco y Yucatán, embarcarse en algún buquecito y luego entrar por Mazatlán, siguiendo toda la sierra hasta los cañones de Juchipila. Pero á buen seguro que me lo dejen los liberales, que andan por allí *sicut leones rugentes, quærens quem devorent*, y que ya tendrán cuidado de echarlo al mar para que allí se ahogue como aquel Faraón de que dice la Biblia que sus escogidos principios cubrieron los

abismos, quedando destruídos el carro, el caballo y el caballero.

Una de esas noches, apenas habrían dado las diez, salíamos de «El Rocío» los ordinarios tertulianos. Dejamos al señor cura en la puerta de su casa, cuando oímos un rumor distante, un rumor que á veces parecía salir de la tierra, á veces venir del aire, á veces alejarse y retirarse á veces como llevado por una ráfaga de viento más poderosa.

Permanecimos escuchando sin lograr darnos cuenta de qué sería aquel ruido que á veces se enfrascaba en disputa con los otros de la noche, y á veces resurgía claro y distinto, pero siempre tenue.

Los perros empezaron á ladrar á través de las puertas cerradas, como si se hubieran vuelto locos, el sereno del barrio levantó la cabeza y cuando hubo pasado algún rato y seguimos observando aquello, dije con recelo: «Son trompetas de infantería y caballería; de seguro viene la tropa.»

— ¿Tropa? dijo el sacerdote. ¿Tropa? ¿Pero á santo de qué viene tropa aquí? ¿Y qué casta de bichos serán? Liberales no pueden ser, porque no sé que ande por aquí nadie que valga la pena; luego, tienen que ser mochos.

— Pues para mí, observó uno de los tertulianos, es Juan Chávez, que á últimas fechas estaba en Villaprieta.

— Vamos á ver, insinué, á mi tío Angel, que quizás tenga noticias.

Dicho y hecho; nos plantamos en la casa de la primera autoridad, á la que encontramos en el momento psicológico de disponer su salida del pueblo.

— ¡Cuánto me alegro de que hayan venido! dijo mientras echaba un fuste leonero en los lomos de su caballo colorado cuatralbo; yo me limpio... Me voy porque viene Juan Chávez y nos aprieta el pescuezo—y, mientras, él apretaba el cincho de la montura...— Con ése no hay que andarse con chiquitas, porque es capaz de cualquier cosa; es el Rojas de los mochos.

— Pues yo me voy con usted, le dije, porque aquí me quedo á puro dar daño. No tenemos gente, ni armas, ni municiones, y no vale la pena de que me fusilen por gusto mío.

— Vámonos, hombre, que de más provecho seremos fuera que dentro. Tú, Petronilo, dí que le ensillen á Juanito la yegua cebruna, que se va con nosotros... Pues como les iba diciendo, hace como un cuarto de hora que llegó de mi rancho de las Ánimas mi mozo, Albino Izquierdo, y me dijo que por todo el camino de la venta de Guajolotes, venía una *culebra de caballería* que bajaba por la cuesta de los Otates; me dijo también que detrás venía gente de á pie, y que acababan de quemar Ranchorredondo, los Ojuelos de Santa Lucía, el Sotolongo y la No-

palera de Lucas; que de camino habían fusilado á los dueños de la Albarrada de Ginés, por ser notoriamente chinacos, y que se dirigían para acá á más andar. Ya no me cupo duda de que se trataba de Chávez, y así se lo dije á Florentina, mi señora, y á las muchachas Concha y Luz. Ya les tienen preparados los caballitos de sobrepaso en que han de salir con nosotros.

Ninguno de los compañeros que tenían familia, ni el señor cura que debía cuidar del pueblo y de sus gentes, quisieron ser de la partida; antes bien se retiraron á sus casas á hacer el ordinario transporte de muebles, ropas y muchachas á las casas de respeto.

Listos los caballos, montamos en ellos, las señoras con aquellos sombreritos hombrunos, sujetos con paño de sol, que todavía usan las gentes que viven en pueblos, y nosotros con nuestros trajes acostumbrados, que eran á propósito para subir en el propio Pegaso.

Albino, Galación, Petronilo y Sebastián, mozos que nos acompañaban, iban de respeto envueltos en sus zarpes y montados en sus caballitos pequeños y ligeros.

Ibamos los del grupo preocupados además, sin sentir deseos de atar la hebra conversando, ni de bromear, ni siquiera de hacer calendarios y conjeturas.

Apenas habíamos andado una legua, cuando me sentí acometido de un sueño y una pesadez tan grandes, que no recuerdo haberlos tenido iguales en mi vida. Un ma-

torral se me figuraba montaña; un arroyuelo pedregoso, desfiladero sin fin; un terrenillo blanquizco, laguna de agua mansa.

Dormitaba en la cabalgadura, se me iba la cabeza, sentía que me faltaban los estribos y que la rienda se me escapaba de las manos.

El estornudo de un caballo me obligaba á despertar asustado, las pocas palabras que cruzaban mis acompañantes me ponían en guardia, porque me figuraba que eran voces que venían de otro mundo.

Por la cuenta atravesábamos una inmensa nopalera, cuando heló la sangre á los despiertos y me despabiló á mí un:

— ¡*Altuay!* ¿Quién vive?

Sin esperar á que yo contestara, mi tío Angel respondió atropelladamente:

— La Libertad... digo... la Religión...

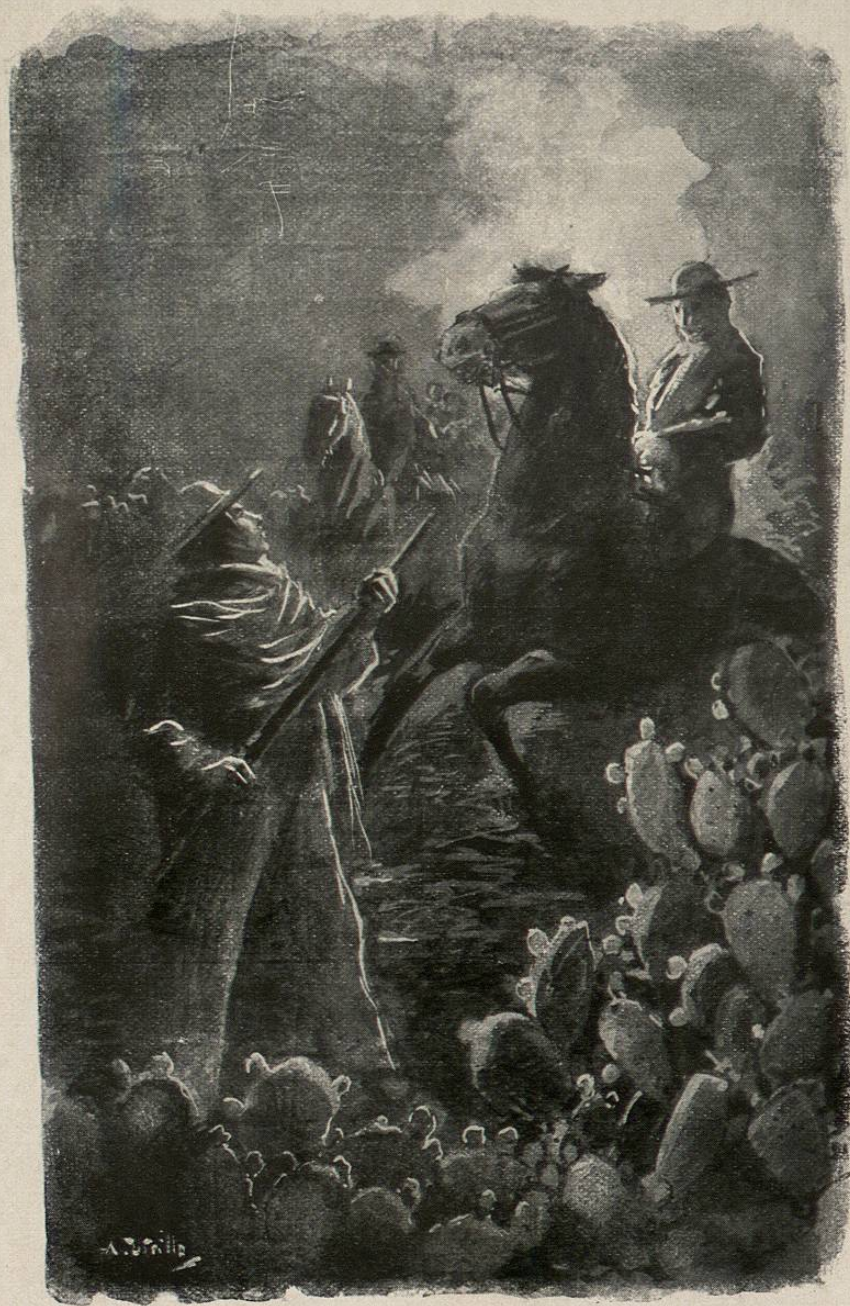
— ¿Qué regimiento?

— Paisanos.

— *Entrieguen* las armas.

No concluía aún el diálogo, cuando sonó un tiro, disparado quizás por alguno de los mozos, pues yo estoy tan seguro como puede estarlo un hombre casi dormido, de que no toqué los muelles de mi pistola giratoria sistema Marsh.

La noche se iluminó de repente con el resplandor de



— ¡*Altuay!* ¿Quién vive?

mil fogonazos, y una descarga cerrada cayó sobre nosotros disparándonos en todas direcciones.

Los nueve que éramos tomamos caminos diversos... Pero esto merece capítulo aparte, porque tuvo su miga y su importancia.

